

XVIII

El médico por fuerza

Gilberto sentía gran repugnancia en obedecer á un lacayo; pero como sin duda se trataba de un cambio en su estado, y como le parecía que todo cambio debía serle ventajoso, se apresuró á obedecer.

La señorita Chon, libre al fin de toda negociación después de haber puesto á su cuñada al corriente de su misión cerca de madama de Bearn, estaba almorzando muy descansadamente al lado de una ventana á donde llegaban las acacias y los castaños del más próximo tresbolillo.

Comía con mucho apetito, y Gilberto observó que este apetito estaba justificado por un salmorejo de faisán y por un plato de criadillas de tierra.

El filósofo Gilberto, introducido á la presencia de la señorita Chon, buscó con la vista sobre el velador el sitio de su cubierto, esperando una invitación.

Pero Chon no le ofreció siquiera un asiento, contentándose con dirigirle una mirada; y bebiendo en seguida un vasito de vino, color de topacio, dijo:

— Vamos, mi querido médico, ¿á qué altura os halláis con Zamora?

— ¿Á qué altura me hallo con él? preguntó Gilberto.

— Sin duda, pues creo que ya habréis trabado amistad con el gobernador.

— ¿Cómo queréis que trabe amistad con una espe-

cie de animal que no habla, y que cuando se le habla, se contenta con abrir sus ojos y enseñar los dientes?

— Me asustáis, respondió Chon sin interrumpir su comida, y sin que el aire de su rostro correspondiese en manera alguna á sus palabras; ¿según veo sois muy difícil en amistad?

— La amistad supone la igualdad.

— ¡Bella máxima! dijo Chon. ¿Conque no os consideráis como el igual de Zamora?

— Es decir, replicó Gilberto, que no he considerado que él lo fuese mío.

— ¡En verdad! dijo Chon como hablando consigo misma, es encantador!

Volviéndose después hacia Gilberto, cuyo aire altivo no dejó de reparar, añadió:

— ¿Decíais, querido doctor, que dais difícilmente vuestro corazón?

— Muy difícilmente, señora.

— ¿Conque me engañaba cuando me lisonjeaba de ser del número de vuestras buenas amigas?

— Os profeso, señora, mucho respeto, dijo Gilberto con gravedad, pero...

— Os agradezco ese favor: ¿y cuánto tiempo es necesario, desdeñoso mío, para que una persona merezca vuestro afecto?

— Mucho tiempo, señora, y aun así hay personas que á pesar de cuanto hagan jamás lo obtendrán.

— ¡Ah! ahora comprendo cómo después de haber permanecido diez y ocho años en casa del barón de Taverney le habéis abandonado de repente. Los Taverney no habían tenido la fortuna de caer en gracia, ¿no es verdad?

Gilberto se ruborizó.

— Y bien, ¿no me contestáis? dijo Chon.

— ¿Qué queréis que os responda, señora, sino que

la amistad como la confianza son cosas que deben merecerse ?

— ¡ Cáspera ! ¿ eso quiere decir que los huéspedes de Taverney no merecieron ni esa amistad ni esa confianza ?

— Todos no, señora.

— ¿ Y qué os habían hecho los que tuvieron la desgracia de no agradaos ?

— Yo no me quejo, señora, dijo Gilberto orgullosamente.

— Vamos, vamos, dijo Chon, veo que también yo estoy excluida de la confianza del señor Gilberto. Sin embargo, no será por falta de deseo de conquistarla, sino por ignorar los medios que deben emplearse para conseguirla.

Gilberto se mordió los labios.

— En fin, esos Taverney no han sabido contentaros, añadió Chon con una curiosidad cuya tendencia conoció Gilberto. Decidme pues, ¿ qué haciais en su casa ?

Gilberto se vió bastante apurado, porque él mismo no sabía lo que hacía en Taverney.

— Señora, dijo, yo era... yo era el hombre de confianza.

Á estas palabras pronunciadas con la calma filosófica que caracterizaba á Gilberto, Chon fué acometida de tal acceso de risa, que se recostó sobre su silla prorrumpiendo en una carcajada.

— ¿ Dudáis de lo que digo ? dijo Gilberto frunciendo el ceño.

— ¡ Dios me libre de semejante cosa ! ¿ Sabéis, amigo mío, que sois feroz y que no se os puede decir nada ? Si os he preguntado acerca de los Taverney, ha sido sólo con la idea de serviros vengándoos.

— Yo no me vengo, señora, ó me vengo solo.

— Muy bien ; pero nosotros hemos recibido agravio

por parte de los Taverney, y puesto que vos tenéis que vengar uno ó acaso muchos, es claro que somos naturalmente aliados.

— Os equivocáis, señora ; mi manera de vengarme no puede tener relación alguna con la vuestra, porque habláis de los Taverney en general, y yo admito diferentes matices en los diversos sentimientos que les profeso.

— ¿ Y el señor Felipe de Taverney, por ejemplo, está comprendido en los matices sombríos ó en los suaves ?

— Ninguna queja tengo contra el señor Felipe : jamás me ha hecho ni bien ni mal. No le amo, ni le detesto ; me es de todo punto indiferente.

— ¿ En ese caso no declararéis delante del rey ó del señor de Choiseul contra el señor Felipe de Taverney ?

— ¿ Sobre qué ?

— Sobre su duelo con mi hermano.

— Diré lo que sé, señora, si me llaman á declarar.

— ¿ Y qué sabéis ?

— La verdad.

— ¿ Y á qué llamáis la verdad ? Esa es una palabra muy elástica.

— Jamás para el que sabe distinguir el bien del mal, lo justo de lo injusto.

— Comprendo : el bien, es el señor Felipe de Taverney ; el mal, es el vizconde Dubarry.

— Sí, señora, en mi opinión, y según mi conciencia, á lo menos.

— ¿ Y es éste el que he recogido en el camino ? dijo Chon con acritud. ¿ Así me recompensa el que me debe la vida ?

— Es decir, señora, que no os debe la muerte.

— Es la misma cosa.

— Es muy diferente.

— ¿Cómo?

— Yo no os debo la vida; habéis impedido que me la quitaran vuestros caballos, y nada más, y aun así no fuisteis vos, sino el postillón.

Chon miró atentamente al novel lógico, que reparaba tan poco en los términos.

— Yo esperaba, dijo ella suavizando su sonrisa y su voz, alguna más galantería por parte de un compañero de viaje que durante el camino sabía tan bien hallar mi brazo debajo de un cojín y mi pie sobre su rodilla.

Chon estaba tan provocativa con esta dulzura y esta familiaridad, que Gilberto olvidó á Zamora, al sastre y el almuerzo, al que se habían olvidado de convidarle.

— ¡Vamos, vamos! sois un buen muchacho, dijo Chon cogiendo la barba de Gilberto, declararéis contra Felipe de Taverney, ¿no es verdad?

— ¡Oh! no, jamás, contestó Gilberto.

— ¿Y por qué, testarudo?

— Porque el vizconde Juan ha obrado mal.

— ¿En qué ha obrado mal?

— En insultar á la Delfina; mientras que por el contrario el señor de Taverney.....

— ¿Y qué?

— Tenía razón en defenderla.

— ¡Hola! parece que somos partidarios de la Delfina!

— Yo no soy partidario sino de la justicia.

— Sois un loco, Gilberto: callad, que no os oigan hablar así en este castillo.

— Entonces, dispensadme de contestar cuando me preguntáis.

— Cambiemos de conversación en ese caso.

Gilberto inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

— ¡Ah, chiquillo! dijo Chon en un tono de voz

bastante duro, ¿qué pensáis hacer aquí si no procuráis haceros agradable?

— ¿Es menester hacerme agradable por el medio del perjurio?

— ¿Pero adónde vais á buscar todas esas grandes palabras?

— En el derecho que cada hombre tiene de permanecer fiel á su conciencia.

— ¡Bah! dijo Chon, cuando se sirve á un amo ese amo resume en sí toda responsabilidad.

— Yo no tengo amo, dijo Gilberto en tono áspero y enojado.

— Y al paso que vais, bobalicón, dijo Chon levantándose con cierto aire de abandono y flojedad, jamás tendréis amo. Repito mi pregunta; contestadme á ella categóricamente. ¿Qué pensáis hacer en esta casa?

— Yo creía que no había necesidad de hacerse agradable cuando podía uno hacerse útil.

— Y sin embargo, estáis en un error: no se hallan más que personas útiles, y estamos cansados de ellas.

— Entonces me retiraré.

— ¿Os retiraréis?

— Sí, yo no he pedido que me trajeran aquí, y por tanto soy libre, ¿no es verdad?

— ¡Libre! exclamó Chon, que comenzaba á enfadarse de aquella resistencia á la cual no estaba acostumbrada. ¡Oh! no.

La fisonomía de Gilberto apareció notablemente alterada.

— Vamos, vamos, dijo Chon, que vió por el ceño de su interlocutor que no renunciaba fácilmente á su libertad. ¡Vamos, haya paz! Sois un buen muchacho, muy virtuoso, y en esto seréis muy divertido, aunque no sea más que por el contraste que haréis con todo lo que nos rodea. Guardad vuestro amor á la verdad.

— Ciertamente que lo guardaré, dijo Gilberto.

— Sí, pero nosotros entendemos la frase de dos maneras diferentes. Yo digo: guardadlo para vos y no vayáis á celebrar vuestro culto en los corredores de Trianón ó en las antecámaras de Versalles.

— ¡ Hum ! murmuró Gilberto.

— ¡ No hay hum que valga ! no sois tan sabio, mi querido filósofo, que no podáis aprender muchas cosas de una mujer; así comencemos por este primer axioma: no se miente callando; retened bien esto.

— ¿ Y si me preguntan ?

— ¿ Quién ? ¿ Estáis loco, amigo mío ? ¿ Quién piensa en vos sino yo ? Parece, señor filósofo, que no tenéis todavía escuela. La especie á que pertenecéis es todavía muy rara. Es preciso recorrer los caminos y batir los montes para hallar vuestros semejantes. Os quedaréis conmigo, y antes de cuatro dias os veremos transformado en un cortesano completo.

— Mucho lo dudo, contestó Gilberto en tono imperioso.

Chon se encogió de hombros.

Gilberto se sonrió.

— Pero dejemos esto á un lado, replicó Chon; por otra parte, no tenéis que agradar ¡ más que á tres personas.

— ¿ Y son esas tres personas ?

— El rey, mi hermana y yo.

— ¿ Qué es preciso hacer para eso ?

— ¿ Habéis visto á Zamora ? dijo Chon esquivando contestar directamente á la pregunta.

— ¡ Ese negro ! exclamó Gilberto en tono de desprecio.

— Sí, ese negro.

— ¿ Qué tengo yo que ver con él ?

— Ese negro, amiguito, tiene ya dos mil libras de

renta sobre la caja del rey. Va á ser nombrado gobernador del castillo de Luciennes, y tal vez el que ahora se ríe de sus labios gordos y de su color, le hará la corte, le llamará señor y aun monseñor.

— No seré yo, señora, dijo Gilberto.

— ¡ Vaya, vaya ! dijo Chon, creía yo que uno de los primeros preceptos de los filósofos era que todos los hombres son iguales.

— Por eso mismo no llamaré á Zamora monseñor.

Chón se vió atacada con sus propias armas, y se mordió los labios despechada.

— ¿ Según eso no sois ambicioso ? dijo.

— Sí por cierto, contestó Gilberto sin detenerse.

— Si mal no me acuerdo, vuestra ambición se cifraba en ser médico.

— Considero la misión de socorrer á sus semejantes como la más hermosa del mundo.

— Pues bien, vuestro sueño será realizado.

— ¿ Cómo ?

— Seréis médico, y médico del mismo rey.

— ¡ Yo ! exclamó Gilberto, ¡ yo que ignoro hasta las primeras nociones de la medicina !... os burláis, señora.

— ¡ Bah ! bah ! ¿ sabe Zamora por ventura lo que es un rastrillo, una contraescarpa ? No seguramente, y sin embargo, no se apura, ni esta ignorancia le impide ser gobernador del castillo de Luciennes con todos los privilegios inherentes á este título.

— ¡ Ah ! sí, sí, comprendo, dijo amargamente Gilberto; no tenéis más que un bufón, y esto no es bastante para divertir al rey, se necesitan dos.

— Bien, exclamó Chon, volvéis á tomar vuestra cara hosca; en verdad que os ponéis muy feo, amigo mío. Guardad todos esos gestos extravagantes para el momento en que la peluca cubra vuestra cabeza y el

sombbrero puntiagudo vuestra peluca; entonces en lugar de parecer feo, estaréis muy cómico.

Gilberto frunció por segunda vez el ceño.

— Ea, dijo Chon, bien podéis aceptar la plaza de médico del rey, cuando el duque de Tresmes solicita el título de títí de mi hermana.

Nada contestó Gilberto, y Chon le aplicó el proverbio: Quien calla otorga.

— Como una prueba de que comenzáis á gozar favor, dijo Chon, no comeréis con los criados.

— ¡ Ah! gracias, señora, respondió Gilberto.

— No; ya he dado las órdenes convenientes.

— ¿ Y dónde comeré

— Con Zamora.

— ¿ Yo?

— Sin duda; bien pueden comer en la misma mesa el gobernador y el médico del rey. Id, pues, á comer con él si queréis.

— No tengo hambre, respondió bruscamente Gilberto.

— Muy bien, dijo Chon con tranquilidad; ahora no tenéis hambre, pero la tendréis esta noche.

Gilberto meneó la cabeza.

— Si no es esta noche será mañana. ¡ Oh! ya os amansaréis, señor rebelde, y si nos dais mucho que hacer, tenemos al corrector de los pajes que desea servirnos.

Gilberto tembló y se puso pálido.

— Id, pues, á ver á Zamora, dijo Chon con severidad; no os hallaréis mal; la cocina es buena; pero guardaos de ser ingrato, porque se os enseñará á ser agradecido.

Gilberto bajó la cabeza, pues esto era lo que hacía siempre cuando en vez de contestar se resolvía á obrar.

El lacayo que había acompañado á Gilberto esperaba

su salida. Condújole á un comedor contiguo á la antecámara donde había sido introducido. Zamora estaba sentado á la mesa.

Gilberto se sentó á su lado, pero no pudieron obligarle á comer.

Dieron las tres de la tarde. Madama Dubarry partió para París. Chon, que debía incorporarse á ella, dió sus instrucciones para que amansasen á su oso. Muchos dulces si ponía buena cara; pero si continuaba rebelde, amenazas y una hora de calabozo.

Á las cuatro llevaron al cuarto de Gilberto el vestido de médico *por fuerza*: sombrero puntiagudo, peluca, chupa y balandrán del mismo color. Á este traje habían agregado la gorguera, la vara y el gran libro.

El lacayo portador de este equipaje le mostró uno á uno todos aquellos objetos, y Gilberto no dió señal alguna de resistencia.

Detrás del lacayo entró el señor Grange, y le enseñó cómo había de ponerse las diferentes piezas de aquel vestido: Gilberto escuchó con paciencia la lección del señor Grange.

— Creía, dijo solamente Gilberto, que los médicos llevaban antiguamente un tintero y un rollo de papel.

— ¡ Pardiez! tiene razón, dijo el señor Grange; buscadle un tintero para que se lo cuelgue á la cintura.

— Con pluma y papel, gritó Gilberto: quiero que el traje sea completo.

El lacayo salió corriendo para ejecutar la orden que acababa de recibir: al mismo tiempo podía enterar á la señorita Chon de la buena voluntad de Gilberto.

Chon se alegró mucho, y dió al mensajero una bolsita que contenía ocho escudos, y la cual debía colgarse con el tintero de la cintura del médico modelo.

— Gracias, dijo Gilberto al lacayo; ahora suplico que se me deje solo para vestirme.

— Pero despachaos, dijo el señor Grange, á fin de que la señorita pueda veros antes de marchar á París.

— Media hora, dijo Gilberto; no pido más que media hora.

— Si es necesario, tres cuartos de hora, señor doctor, dijo el intendente cerrando tan cuidadosamente la puerta de Gilberto como si hubiese sido la de su casa.

Gilberto se aproximó de puntillas á aquella puerta, se puso á escuchar para asegurarse de que los pasos se alejaban, después se deslizó hasta la ventana que caía sobre unos terrados situados á diez y ocho pies debajo de ella. Estos terrados, cubiertos de una arená fina, estaban rodeados de grandes árboles, cuyos follajes daban sombra á las balcones.

Gilberto desgarró su vestido en tres pedazos, que ató por los extremos, dejó sobre la mesa el sombrero, al lado del sombrero la bolsa, y escribió:

« Señora,

» El primero de los bienes es la libertad. El más santo de los deberes del hombre es conservarla. Vos me violentáis, y yo me emancipo.

» GILBERTO. »

En seguida dobló la carta, escribió el sobre para la señorita Chon, ató sus doce pies de sarga á los hierros de la ventana, entre los cuales se deslizó como una culebra, saltó sobre el terrado con riesgo de su vida, llegó al cabo de la cuerda, y entonces, aunque algo

aturdido por el salto que acababa de dar, corrió hacia los árboles, se agarró á las ramas, se deslizó bajo el follaje como una ardilla, llegó al suelo, y corriendo como un gamo, desapareció en la dirección de los bosques de Ville-d'Avray.

Cuando al cabo de media hora volvieron á buscarle, se hallaba ya Gilberto bastante distante para temer que le alcanzaran.

XIX

El anciano

Para ponerse á salvo de toda persecución, no había querido Gilberto tomar el camino real, y de bosque en bosque había llegado á una especie de floresta, en la que se detuvo al fin, después de haber andado legua y media en tres cuartos de hora.

El fugitivo miró al rededor; hallábase enteramente solo, y esta soledad le tranquilizó, procurando aproximarse al camino que, según sus cálculos, debía conducir á París; pero los caballos que vió salir del pueblo de Roquencourt, conducidos por lacayos de libreas color naranja, le alarmaron de tal modo, que se curó de la tentación de arrostrar los peligros de las calzadas y se internó en los bosques.

— Mantengámonos á la sombra de estos castaños, se dijo Gilberto; si me buscan por alguna parte, será por los caminos reales. Esta noche, de árbol en árbol, de encrucijada en encrucijada, me colaré en París. ¡ Dicen que París es grande, yo soy pequeño, y allí me perderé!

Parecióle tanto mejor la idea, cuanto que el tiempo estaba hermoso, el bosque sombrío y el terreno cubierto de musgo. Los rayos de un sol áspero é intermitente, que comenzaba á desaparecer por detrás de los cerros de Marly, habían secado las hierbas y sacado

de la tierra esos dulces perfumes de primavera que participan á la vez de la flor y de la planta.

Era ya esa hora del día en que el silencio cae más dulce y profundo del cielo que comienza á oscurecerse; esa hora en que, cerrándose las flores, ocultan el insecto dormido dentro de su cáliz. Las moscas doradas y zumbonas se refugiaban en los huecos de las encinas que les sirven de asilo; los pájaros pasan mudos por el follaje donde no se oye más que el roce rápido de sus alas, y el único canto que resuena todavía es el silbido acentuado del mirlo y el tímido gorjeo del pitirojo.

Los bosques eran familiares á Gilberto: conocía sus rumores y su silencio; así es que sin reflexionar por más tiempo, sin dejarse llevar de temores pueriles, se arrojó sobre los arbustos sembrados aquí y allí de hojas enmohecidas por el invierno.

Pronto, en lugar de inquietarse, sintió Gilberto una alegría inmensa. Aspiraba á torrentes el aire libre y puro; conocía que también en esta ocasión había triunfado, á fuer de hombre estoico, de todos los lazos tendidos á las debilidades humanas. ¿ Qué le importaba á él no tener pan, dinero ni asilo? ¿ No tenía su querida libertad, no disponía de ella plena y absolutamente?

Tendióse, pues, al pie de un castaño gigantesco que le ofrecía un lecho muelle entre los brazos de dos robustas raíces cubiertas de musgo, y mirando al cielo que le sonreía, se quedó dormido.

El canto de los pájaros le despertó; apenas era de día. Incorporándose sobre su codo, lastimado por el contacto del duro tronco, vió Gilberto el crepúsculo á su lado alumbrar tenuemente la triple salida de una encrucijada, mientras que aquí y allí, por senderos húmedos de rocío, pasaban con las orejas bajas con-

jos rápidos; mientras que el gamo curioso se detenía en una alameda para mirar aquel objeto desconocido, acostado debajo de un árbol, y que le aconsejaba que huyera lo más pronto posible.

Una vez de pie Gilberto, sintió que tenía hambre, pues ya recordará el lector que no había querido comer la vispera con Zamora; de suerte que desde su almuerzo de Versalles no había vuelto á tomar nada. Al encontrarse bajo las bóvedas de los árboles de una floresta, él, el intrépido agrimensor de los grandes bosques de la Lorena y de la Champaña, se creyó todavía bajo las sombrías arboledas de Taverney ó en los bosques de Pierrefite, despertado por la aurora después de un acecho nocturno emprendido para ver á Andrea.

Pero entonces hallaba siempre á su lado alguna perdid sorprendida con el reclamo, algún faisán muerto al posarse sobre un árbol, al paso que en aquella ocasión no veía á su alcance más que un sombrero bastante deteriorado por el camino y acabado por la humedad de la mañana.

No era, pues, un sueño el que había tenido, como creyó al principio al despertar. Versalles y Luciennes eran una realidad, desde su entrada triunfal en la una hasta su salida precipitada de la otra.

Además, lo que más le condujo á la realidad fué un hambre que crecía por momentos, y que por consiguiente era cada vez más aguda.

Buscó entonces maquinalmente á su alrededor aquellas sabrosas moras, aquellas ciruelas silvestres, aquellas tostadas raíces de sus florestas, cuyo gusto, no por ser más áspero que el de los rábanos, es menos agradable á los trabajadores, que con la azada al hombro van por las mañanas á buscar el distrito del desmonte.

Pero sobre no ser todavía la estación de las frutas, Gilberto no vió á su alrededor sino fresnos, olmos,

castaños y esas eternas encinas que crecen en los arenales.

— Vamos, vamos, se dijo Gilberto á sí mismo; iré derecho á París. Estaré á tres ó cuatro leguas, ó cinco todo lo más, de distancia, y andaré el camino en dos horas. ¿Qué importa sufrir dos horas más cuando está uno seguro de no sufrir después? En París todo el mundo tiene pan, y al ver á un joven honrado y laborioso, el primer artesano que encuentre no me negará pan por trabajo.

En un día se encuentra en París la comida del siguiente; ¿qué más necesito? Nada, puesto que cada día me aproximo más... al objeto donde quiero llegar.

Gilberto redobló el paso; quería salir al camino real; pero había perdido todo medio de orientarse. En Taverney, y todos los bosques circunvecinos, conocía el oriente y el occidente; cada rayo de sol era para él un indicio de hora y de camino. Por la noche cada estrella, por desconocida que le fuese bajo su nombre de Venus ó de Saturno, era para él un guía; pero en aquel mundo nuevo no conocía ya ni las cosas ni los hombres, y era preciso hallar en medio de los unos y de las otras su camino á tientas y entregado á los azares de la suerte.

— Afortunadamente, se dijo Gilberto, he visto mojones donde están indicados los caminos.

Y avanzó hacia la enrucijada donde había visto aquellos mojones indicadores.

Había tres en efecto: el uno conducía á Marais-Jaune, el otro al Campo de la Alondra, y el tercero á Trou-Salé.

Gilberto corrió tres horas sin poder salir del bosque. El sudor bañaba su frente: veinte veces había trepado por los castaños colosales; pero al llegar á su cima no había visto más que á Versalles, tan pronto á

su izquierda como á la derecha, Versailles, hacia el cual parecía que una fatalidad le atraía constantemente.

Casi loco de furor, no atreviéndose á salir al camino real, convencido de que todo Luciennes corría tras él, Gilberto guardando siempre el centro de dos bosques, acabó por pasar á Versailles, después á Chaville, y por último á Sevres.

Las cinco y media daba el reloj del castillo de Meudón cuando llegó al convento de los capuchinos situado entre la fábrica y Bellevue; desde allí, subiendo sobre una cruz, á riesgo de romperla y de ser enroddado, como Sirvén por decreto del Parlamento, distinguió el Sena, la aldea y el humo de las primeras casas.

Pero al lado del Sena, en medio del pueblo, por delante del umbral de aquellas casas, pasa el camino real de Versailles, del que tanto interés tenía en separarse.

Por un momento cesó de sentir Gilberto el cansancio y el hambre. Veía por lo demás en el horizonte un gran grupo de casas perdidas entre el vapor matinal; creyó que era París, emprendió su carrera por este lado, y no paró hasta que se sintió que iba á faltarle el aliento.

Hallábase en medio del bosque de Meudón entre Fleury y Plessis-Piquet.

— Vamos, vamos, dijo mirando en torno suyo, fuera vergüenza. Es posible que yo encuentre algún trabajador de esos que llevan á su trabajo un gran pedazo de pan debajo del brazo. Yo le diré:

« Todos los hombres son hermanos, y por consiguiente deben ayudarse unos á otros. Lleváis ahí más pan del que necesitáis, no solamente para vuestro desayuno, sino para todo el día, mientras que yo me

muerdo de hambre; » y entonces me dará la mitad de su pan.

El hambre hacia á Gilberto mucho más filósofo, y continuó sus reflexiones mentales.

— ¿ En efecto, decía, no es todo común á los hombres sobre la tierra? ¿ Dios, esa fuente eterna de todas las cosas, ha dado por ventura á este ó aquel el aire que fecundiza el suelo, ó el suelo que fecundiza los frutos? No; solamente que hay muchos que han usurpado; pero á los ojos del Señor, como á los del filósofo, nadie posee; el que tiene no es más que aquel á quien Dios ha prestado.

Y Gilberto no hacía más que resumir con una inteligencia natural esas ideas vagas é indecisas en aquella época, y que los hombres sentían fluctuar en el aire y pasar por encima de sus cabezas, como esas nubes empujadas hacia un solo punto, y que, amontonándose, acababan por formar una tempestad.

— Algunos, añadió Gilberto siguiendo su camino, algunos retienen á la fuerza lo que pertenece á todos. Pues bien; á estos se puede arrancar á la fuerza lo que no pueden poseer solos y sobre lo que no tienen más derecho que el de participación. Si mi hermano que tiene demasiado pan para sí, me niega un pedazo de su pan, yo lo cogeré á la fuerza, imitando en esto la ley animal, fuente de todo buen sentido y de toda equidad, puesto que se deriva de toda necesidad natural; á menos que mi hermano me diga: Esta parte que reclamas es la de mi mujer y mis hijos; ó bien: Yo soy el más fuerte y comeré este pan á pesar tuyo.

Gilberto se hallaba en esta disposición de lobo hambriento, cuando llegó al medio de un llano cuyo centro estaba ocupado por una laguna cercada de junco y espadañas.

Sobre la pendiente herbosa que descendía hasta el

agua rayada en todos sentidos por insectos de largas patas, brillaban como un semillero de turquesas numerosas matas de aurículas.

El fondo de este cuadro, es decir, el anillo de la circunferencia, estaba formado de un vallado de gruesos álamos blancos; alisos llenaban con su ramaje espeso los intervalos que la naturaleza había dejado entre los troncos argenteados de sus dominadores.

Seis alamedas daban entrada á esta especie de encrucijada; dos parecían subir hasta el sol, que doraba la copa de los árboles lejanos, mientras que las otras cuatro, divergentes como los rayos de una estrella, se hundían en las profundidades azuladas de la floresta.

Aquella especie de sala de verdura parecía más fresca y más florida que ningún otro sitio del bosque.

Gilberto había entrado allí por una de las alamedas sombrías.

El primer objeto que distinguió cuando, después de haber abarcado de un solo golpe de vista el horizonte lejano, dirigió su mirada á su alrededor, fué en la penumbra de un foso profundo el tronco de un árbol derribado, sobre el cual estaba sentado un hombre de peluca gris, de fisonomía dulce y fina, vestido con una casaca de paño oscuro, pantalones del mismo color y chaleco de piqué blanco; sus medias de algodón grises encerraban una pierna bastante bien hecha y nerviosa; sus zapatos de hebilla, empolvados todavía, habían sido lavados por la punta y las orillas por el rocío de la mañana.

Al lado de este hombre, sobre el árbol derribado, había una caja pintada de verde, abierta y toda llena de plantas recientemente cogidas. Tenía entre sus piernas un bastón de acebo, cuyo puño redondo relu-

cía en la sombra, y que terminaba en un pico de dos pulgadas de ancho y tres de largo.

Gilberto abarcó con una sola mirada los diferentes detalles que acabamos de presentar; pues lo que vió desde luego fué un pedazo de pan, que el anciano dividió en pequeñas fracciones para comerlas, compartiéndolas fraternalmente con los pinzones y verdrones que columbraban desde lejos la presa codiciada, se lanzaban sobre ella tan luego como les era entregada, y volaban al fondo de la floresta.

En seguida, de vez en cuando el anciano, que los seguía con su mirada dulce y viva á la vez, metía la mano en un pañuelo de color, sacaba de él una cereza, y la saboreaba entre dos bocados de pan.

— Bueno; ya tengo hecho mi negocio, dijo Gilberto separando las ramas y dando cuatro pasos hacia el solitario, que salió al fin de su meditación.

Pero aun no había andado la tercera parte del camino, cuando viendo el aire dulce y tranquilo de aquel hombre, se detuvo y se quitó el sombrero.

El anciano, por su parte, al reparar que no estaba ya solo, dirigió una rápida ojeada á su chaleco y su levita.

Abotonó el uno y cerró la otra.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
tado. 1625 MONTERREY, MEXICO